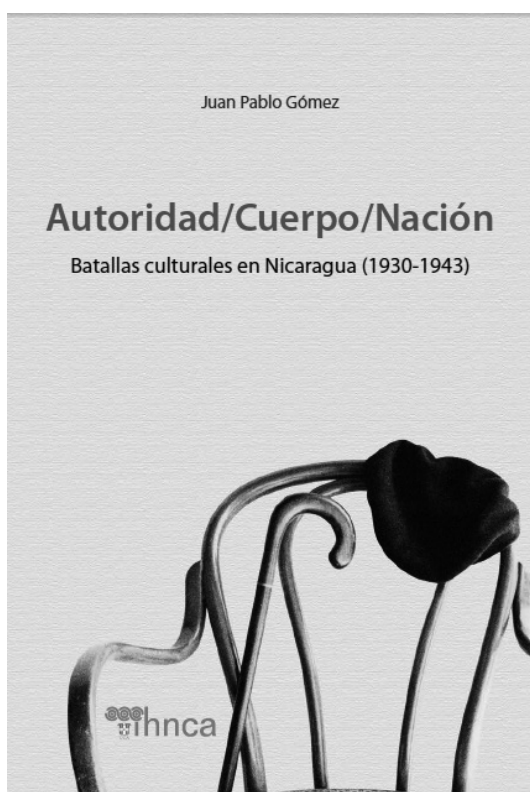


## Género y orden social en “Autoridad/Cuerpo/Nación: batallas culturales en Nicaragua (1930-1943)”, de Juan Pablo Gómez

*Camilo Antillón\**

En un texto ya clásico, Joan Scott conceptualiza el género como “un elemento constitutivo de las relaciones sociales, las cuales se basan en las diferencias percibidas entre los sexos”, y como “una forma primaria de las relaciones simbólicas de poder” (2008, p. 65). En tanto elemento constitutivo de las relaciones sociales, el género implica, según la autora, cuatro elementos interrelacionados: primero, los símbolos disponibles que evocan múltiples representaciones, según los contextos históricos particulares; segundo, conceptos normativos que oponen y jerarquizan esos símbolos según el binario masculino-femenino; tercero: instituciones sociales, políticas y económicas, tales como el parentesco, el mercado y el régimen gubernamental; y cuarto,



\* Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA-UCA), Universidad Centroamericana, Managua, Nicaragua. Correo electrónico: camilo.antillon@ihnca.edu.ni

la producción de subjetividades.

Scott nos invita a trascender la visión según la cual el género es sólo aquello que tiene que ver con las relaciones entre mujeres y hombres, para entenderlo más bien como una vía primaria a través de la cual operan los procesos de diferenciación simbólica propios del lenguaje y la cultura. Desde esta óptica, la categoría género nos sirve para decodificar el sentido de las interacciones humanas, y para entender los procesos de construcción y legitimación de relaciones sociales. Dice la autora:

Cuando los historiadores buscan aquellas formas en que el concepto de género legitima y construye las relaciones sociales, están desarrollando ideas sobre la naturaleza recíproca del género y la sociedad, y sobre las formas particulares y específicamente contextuales en que la política construye al género y el género a la política (Scott, 2008, p. 69).

Esta es, justamente, una de las operaciones que con gran destreza emprende Juan Pablo Gómez en su estudio "Autoridad / Cuerpo / Nación: batallas culturales en Nicaragua (1930-1943)" (2015). En él nos propone un sofisticado análisis de los vínculos entre autoridad y masculinidad, en el que deshilvana hábilmente esos elementos constitutivos del género que apunta Scott, es decir, los símbolos, los conceptos normativos, las instituciones y las subjetivaciones. Gómez nos muestra las complejas maneras en que se entretejen esos elementos en su relación recíproca con la realidad social y política históricamente específica de la Nicaragua de los años 30 del siglo pasado.

Siguiendo a Scott, podríamos apreciar la operación analítica de Juan Pablo Gómez en dos momentos complementarios. Un primer momento en el que considera el género como uno de los sistemas simbólicos que da sentido al mundo social, y en particular a los modelos normativos de autoridad que en él operan y que buscan materializarse en un conjunto de prácticas institucionales. Y un segundo momento en el que el género aparece como dispositivo de producción de subjetividades, que sujeta los cuerpos a un entramado de prácticas regulatorias, a la vez que los habilita para operar en ellas.

En el primer momento de análisis encontramos las consideraciones de Gómez respecto a las luchas de representación en la cultura letrada nicaragüense por medio de las cuales la figura de Anastasio Somoza García se estableció como símbolo del modelo de autoridad masculinizada que la nación necesitaba. También encontramos reflexiones sobre el establecimiento de una ruta genealógica que, a partir de ciertos usos del pasado, legitimó una noción de autoridad basada en la conquista y el patriarcado colonial como mitos fundacionales.

En el segundo momento analítico, el autor nos encamina por los procesos de configuración de dos formas de ciudadanía y de subjetividades generizadas, construidas a partir de los ideales regulatorios de la cultura católica y la cultura militar, respecto a los cuerpos, sus placeres y sus deseos. Mientras que las ciudadanía católicas se basaban en los ideales de la castidad viril y el pudor femenino, las ciudadanía militares se apoyaban en la figura del soldado como sujeto disciplinado que daría fecundidad a la patria.

Ambos momentos de análisis se articulan para explicar cómo esa construcción de símbolos generizados de autoridad y esas prácticas de producción de subjetividades masculinas y femeninas confluyeron en el sostenimiento de un proyecto de nación

autoritario, cuyos efectos persisten hasta nuestros días. En palabras de Gómez:

Si para los Reaccionarios Somoza García fue el hombre-símbolo del orden y la autoridad nacional, la cultura católica y la militar vieron en los cuerpos de los jóvenes católicos y los soldados las ciudadanías sostenedoras de la nación. [...] El reforzamiento del gran hombre fue complementado con el de la hombría de los soldados, en cuyo disciplinamiento e higiene radicaba la 'fecundidad de la patria', y en los jóvenes dechados católicos, en cuya castidad radicaba la energía vital de la nación (2015, p. 23).

Este estudio no sólo describe el apuntalamiento de un proyecto autoritario de nación, sino también la hegemonización de un modelo de masculinidad, en el que se rearticulaban elementos ideológicos procedentes de diversas raíces históricas, como el catolicismo, el patriarcado colonial, el hispanismo y el militarismo.

En lo que sigue quisiera señalar una interesante paradoja que el estudio de Gómez pone de relieve, y que, a mi juicio, nos abre nuevos caminos para profundizar en la investigación de los vínculos entre género y orden social en Nicaragua. Esta paradoja tiene que ver con los usos complejos, y a veces contradictorios, de la masculinización y de la feminización como estrategias discursivas en las luchas por legitimar un proyecto de nación, un patrón de autoridad y un ideal de ciudadano.

En sus reflexiones sobre las rutas genealógicas de la noción de autoridad, el autor examina las maneras en que intelectuales del Movimiento Reaccionario vehicularon, a través de sus prácticas escriturales, un modelo de autoridad basado en la idea de la reconquista cultural. Este modelo se contraponía, por un lado, a lo que percibían como el error de la independencia, que al romper con el orden colonial había devenido en caos social, y por otro, a la amenazadora influencia de la modernización norteamericana.

Esta noción de reconquista cultural remitía a la figura del hombre conquistador y de sus descendientes como ideal masculinizado de la autoridad, en una doble relación entre conquistadores y conquistados, y entre hombres y mujeres. A esta noción colonial y masculinizada del poder se contraponía la feminización simbólica de los pueblos y los territorios conquistados.

Cabe preguntarse, entonces, cómo conciliaban ese discurso basado en la colonialidad y la masculinización de la autoridad, con las estrategias retóricas de los sectores católicos y militares, que en gran medida fundaban sus ideales de ciudadanía en la moderación y en la contención de manifestaciones típicamente asociadas con la masculinidad, como la fuerza y la sexualidad. Cómo conjuraban el peligro de que esa moral de la contención se deslizara hacia la tan temida feminización de las costumbres y, de ese modo, deslegitimara sus reclamos de autoridad.

Una posible respuesta está en las construcciones, también analizadas por Gómez, de los imaginarios sobre la feminidad, por un lado, y sobre la patria, por otro. Según nos explica, el ideal de feminidad estaba estrechamente vinculado con los mandatos de modestia y de pudor, que posicionaban a las mujeres como intermediarias entre los hombres y el logro de la 'castidad viril' sobre la cual descansaba el modelo de masculinidad promovido por la cultura católica. A la vez, el libro presenta un conjunto de ideas sobre la patria, impulsadas desde la cultura militar, en las que ésta era representada como el objeto de los más altos anhelos del ciudadano, que lo impulsaba a alcanzar los ideales de disciplina, higiene y

homogeneidad que se esperaba de los soldados como unidad corporativa.

Resultan notables, en este análisis, los paralelismos entre la feminidad y la patria en dos de sus dimensiones. Aunque en niveles distintos, individual, en un caso, y colectivo, en el otro, ambos aparecen como el objeto último de los deseos y los afectos de las ciudadanías masculinas, y como piezas clave en el aseguramiento de la sujeción a los ideales regulatorios. Este doble gesto de erotización de la patria y de reconfiguración de la función pública de la feminidad, las ubica en posiciones análogas respecto a los cuerpos individuales y colectivos de las masculinidades. Al mismo tiempo, nos plantea nuevas preguntas sobre las agencialidades femeninas, y las posibilidades de resistencia, e incluso de subversión, que se abrían desde esas posiciones de sujeto tan centrales para el funcionamiento del patrón de autoridad propuesto para la nación. Podríamos imaginar, quizás, que estos procesos político-culturales, a la vez que ubicaban a las mujeres en posiciones subalternas, también significaron nuevas oportunidades de participación en algunas esferas de lo público, así como nuevas posibilidades para interpelar al orden patriarcal y para resistir algunos de sus efectos más nocivos. Estos son, en mi opinión, algunos de las importantes problemáticas sobre las que el trabajo de Juan Pablo Gómez nos invita a seguirnos cuestionando.

## Referencias bibliográficas

- Gómez, J. P. (2015). *Autoridad / cuerpo / nación: batallas culturales en Nicaragua (1930-1943)*. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica.
- Scott, J. (2008). El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica; Universidad Autónoma de la Ciudad de México.